

LIV Salón de Otoño

Centro Cultural de la Villa
Plaza de Colón

Hasta el 6 de enero



«La apoteosis», de Rubén Darío Velázquez, primera Medalla de Oleo

Lo primero que hemos de destacar, a la vista de las obras reunidas en esta edición del Salón de Otoño, es que parece retornar a sus buenos tiempos y, aunque no alcanzado aún la brillantez de su primera convocatoria de 1920 (con apellidos como Benedito, Benlliure, Francés, Grosso, Gutiérrez Solana, Vaquero, Hermoso, Mir, Núñez Losada, Palencia, Plá, Vázquez Díaz, Verdugo Landi, Jiménez Aranda, Muñoz Degrain, Navarro, Sala...), la verdad es que el nivel artístico ha ascendido notablemente con respecto a anteriores convocatorias. Acierto, sin duda, del Comité seleccionador, que «subió el listón» y restringió la admisión. Cabe destacar, también, la especial brillantez de la Sección de Acuarela, permanente en este salón y, por el contrario, la insuficiente calidad del Dibujo (en el que

sólo se otorgó una tercera medalla) y Grabado (declarado desierto). Una vez señalada esta mejora en el nivel general y el esfuerzo de los organizadores para conseguirlo, pasemos a enumerar los premios. Entre los especiales, el Reina Sofía, fue para Carmelo Bastera; la Caja Madrid, para Rafael Sempere; la Medalla Eduardo Chicharro, para Carmen Charro; la Mateo Inurria quedó desierto y la Prados López le correspondió a Jesús Infante. Las primeras medallas se distribuyeron así: al Oleo, Rubén Darío Velázquez; Acuarela, Santos Maragán; Escultura, San-

tiago Díaz Santos. Otros premios otorgados este año han sido el del Ayuntamiento de Madrid (Carmen Charro), El Corte Inglés (Francisco Torres), Santiago de Santiago (Emilio Pina Lupiáñez), José Pérez Gil (desierto), Galería Xaloc (Fernando de Marta), María Reneses (Alberto Serrano) y Leonardo Martínez Bueno (Santiago Díaz). Como suele ser frecuente, nombres ya bien conocidos alternan con otros nuevos, prueba evidente de la objetividad del Jurado formado, en esta ocasión, por el concejal del Área de Cultura del Ayuntamiento, Ramón Herrero Marín; el jefe de la Obra Cultural de la Caja de Madrid, Fernando Mora Carrascosa; el presidente de la Asociación Española de Pintores y Escultores, Edmundo Lloret; el crítico de arte Elena Flores, y los pintores Manuel de Iñigo, Manuel Martínez Alcover y Manuel Alcorlo.



Acuarela de Rafael Sempere

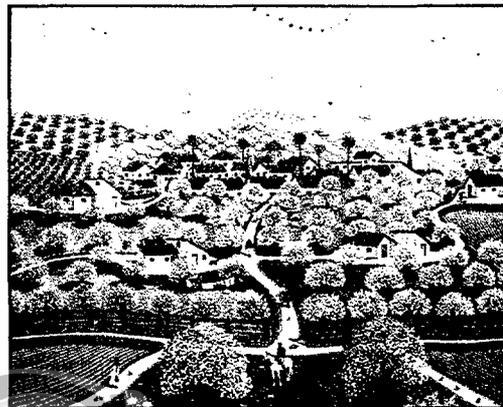
Juan Borrás II

Galería Kreisler
Serrano, 19

Hasta el 3 de enero
De 30.000 a 180.000 pesetas

El caso de Juan Borrás II (Barcelona, 1947), tan unido a ese arte ingenuista que hunde sus raíces en un cierto surrealismo, muy emparentado con el del Aduanero Rousseau, es único en el arte contemporáneo español, pues no es frecuente encontrar (salvo quizá en la familia Santos) un conjunto perteneciente al mismo «clan», con las mismas características y, sin embargo, con acusada personalidad individual. Vemos en esta exposición de Juan Borrás Ausias un ejemplo de «naturaleza ordenada», pero no simétrica, en la que el color no tiene una sujeción estricta a la realidad, lo mismo que la Botánica, la Zoología y la Geología. Es el paisaje «inventado», que se apoya en el paisaje real sólo en lo que se refiere a sus elementos constitutivos: un río «es» un río, pero sus aguas fluyen caprichosa y rigidamente por cauces que des-

deñan el orden natural; los animales salvajes «son» reales, pero conviven en pacífica armonía; un pueblo «es» un pueblo, pero trazado por un urbanista que se inspira en los cuentos de hadas. Lo curioso es que, pese a la fantasía del pintor, nos parece reconocer sus aglomeraciones costeras, sus aldeas nevadas, sus campos primaverales. En este caso, la ficción supera a la realidad, sin duda. Y la mejora. Y la hace, con pincelada limpia, más próxima a nosotros.



«Arboles floridos»

Fotografías del siglo XIX

Galería Redor
Villalar, 7

Hasta el 23 de diciembre

El viaje en el tiempo es un viejo tema de la ciencia-ficción que puede hacerse realidad en la colección de fotografías del siglo XIX actualmente expuestas en la Galería Redor. Son veinte obras originales de J. Laurent y E. Beauchy, ambos profesionales que visitaron y residieron en España hacia 1860 (la fotohistoriadora Marie-Loup Sougez escribe que Laurent estaba ya en España en 1857) y que nos dejaron pruebas excelentes de monumentos, calles y paisajes de la época. Pero es, sin quitar mérito a su labor como «conservadores» para el futuro de piezas artísticas, el ambiente y la gente lo que más nos emociona en estas fotos. A través de ellas descubrimos una Plaza Mayor desconocida para muchos, una Puerta de Alcalá insólita, una Puerta del Sol diferente. Y estampas (como la del mercado de Zaragoza) llenas de vida y del más puro tipismo. Pero no son sólo Madrid y Zaragoza los lugares elegidos por Laurent y Beauchy: Toledo, Granada, Segovia, Bilbao,

Alicante, Aranjuez, Burgos y El Escorial llamaron a los dos fotógrafos, con su belleza natural o con la belleza de sus rincones y sus edificios históricos. Fontanella destaca el aspecto «informativo» de Laurent, pero no desdeña la importancia de sus placas sobre los monumentos, hoy desaparecidos o modificados por sucesivas restauraciones o catástrofes. Un ejemplo, además de los citados, podría ser la fotografía de Beauchy que recoge el interior de la catedral de Sevilla. Otro, la fachada del Ayuntamiento de la misma ciudad, original de Laurent, con su pared de coches de punto y su aire de calma, de luz, de reposo.

Javier RUBIO



Laurent: Ayuntamiento de Sevilla